

Dos entrevistas con Mario Vargas Llosa

Optimismo de la historia

–*Leí en 1971 La ciudad y los perros, que trata de una escuela militar, en Lima, donde los jóvenes eran entrenados para funcionar en un mundo de violencia. Este libro se basa en su experiencia propia, ¿verdad?*

–Cuando mi padre se dio cuenta de mi pasión por la literatura, me mandó a una escuela militar. Para él, escribir era algo vergonzoso. Él era un *self-made man*. No entendía a los artistas, a los intelectuales, a los escritores; los asociaba con el mal, con la gitanería, con los homosexuales. Por eso se oponía a mi vocación y pensaba que el ejército me salvaría. Viví durante dos años una pesadilla, y comprendí que tenía que contarla.

–*¿Tu padre fue importante para ti?*

–¡Sí! Aunque nuestras relaciones fueron difíciles. Sin embargo, por una de esas paradojas del destino, la falta de aceptación por parte de mi padre y la violencia que conocí en la escuela me dieron la fuerza para definir mi propia personalidad. Si no hubiera sido por mi padre, mi convicción de hacerme escritor no habría sido suficientemente fuerte. Especialmente en un país como Perú.

–*¿Por qué especialmente en Perú?*

–Porque es un país donde el 80% de la población es analfabeta, donde no existían entonces casas editoriales, donde un escritor no ocupaba ningún lugar en la sociedad. Además, gracias a mi padre pude conocer el verdadero rostro de Perú y darme cuenta de que es un país donde existen enormes diferencias sociales, económicas y culturales. Todo esto lo aprendí en la escuela militar.

–*¿Tu familia era rica?*

–Mi padre pertenecía a la pequeña burguesía y tenía varias profesiones. Sin embargo, cuando hablo de mi familia, pienso ante todo en la familia de mi madre, que pertenecía a la clase media. Mi madre nació en la provincia, en la ciudad de Arequipa, al sur de Perú. Es una ciudad muy católica y conservadora, y así era su familia. Cuando mi padre se casó con ella, la llevó a Lima; después la abandonó y desapareció. Mi madre, embarazada, regresó a Arequipa. Fue una verdadera tragedia ya que, para su familia, una separación ni siquiera podía pensarse. Nos fuimos a Bolivia; me dijeron que mi padre había muerto, y fue mi abuelo quien lo sustituyó.

Pasé diez años con mis abuelos y con mi madre, mis tíos y tías. Diez años de felicidad. Para mí, mi padre era el retrato de un hombre en uniforme de la Marina Mercante Argentina.

–*En La casa verde, un libro lleno de revolucionarios e inquisidores, has descrito la violencia en Perú. ¿Cuál es la imagen social del papel de los conquistadores?*

–Tanto la brutalidad de los españoles como su fanatismo religioso han encontrado en Perú un suelo fértil. Todos los documentos de la época hablan de que el sistema político de los incas era muy avanzado. Los incas encontraron un modo de luchar contra el hambre, aprendieron la manera de guardar la comida, construyeron silos para las provisiones. Pero, por otro lado, los incas formaban una sociedad muy burocratizada. El individuo no existía en ella. El sistema controlaba a la gente. Además, crearon un Estado teocrático. Los primeros poemas de esta tradición son obra de gente triste y melancólica. Desde mi punto de vista, estos antecedentes constituyen la razón de la tristeza y de la existencia pasiva de los peruanos.

–*Al llegar a Piura, una ciudad que fue muy importante para ti...*

–Allí viví la experiencia más fuerte de mi niñez, y tal vez de mi vida. Cierta día, de manera completamente inesperada, mi madre me dijo que, en realidad, mi padre no había muerto. Algunos momentos más tarde, me llevó al hotel donde nos esperaba un hombre que no se parecía al de la foto. Era mi padre. Mi madre seguía enamorada de él. Sin decir ni una palabra a los abuelos, me llevó y nos fuimos con mi padre a Lima. Creo que fue en ese preciso instante cuando comenzó mi verdadera vida. Desapareció la felicidad, terminó la niñez paradisiaca. Al lado de mi padre –era un hombre violento– conocí la autoridad y la brutalidad. Le tenía miedo, lo odiaba por haberme quitado la madre. También conocí la soledad, ya que mis padres no tenían en Lima una familia y yo no tuve amigos.

Siempre fui un lector asiduo. Leer fue una distracción desde los cinco años. La literatura se convirtió para mí en una especie de escape. Comencé no sólo a leer, sino también a escribir. Ya antes escribía poesía y en casa de mis abuelos la elogiaban. Pero mi padre no aceptaba mis demostraciones literarias.

–*¿Te rebelaste en su contra?*

–No inmediatamente. Mi padre deseaba que trabajara durante las vacaciones. Él trabajaba entonces en una Agencia Informativa y me encontró una ocupación en la redacción del periódico *La crónica*. Fue entonces cuando me rebelé y comencé a estudiar. Me rebelé no solamente contra mi padre. En Perú, desde hacía ocho años, gobernaba un dictador militar, el general Odría. No existían entonces los partidos políticos. Cuando me inscribí en la

Universidad de San Marcos, tenía la esperanza de conocer las organizaciones clandestinas. Y me inscribí en lo que quedaba del Partido Comunista.

–*Tenías 18 años...*

–Mucho entusiasmo y deseos de luchar. Éramos pocos, nuestra ideología era el estalinismo en su forma más pura. Discutíamos el realismo socialista, leímos *El poema pedagógico* de Makarenko o *Cómo se templó el acero*, de Ostrowski. Había que leer estos libros a cualquier precio, pero yo me aburría. En ese tiempo, yo leía también a Sartre, y fue precisamente Sartre quien me protegió eficazmente del realismo socialista. Era lo único que no aceptaba, entonces, del comunismo. Así pues, fue la literatura lo que me resguardó del dogmatismo. Me apasionaba la literatura occidental. Un año más tarde, abandoné el Partido.

–*Pero permaneciste como simpatizante.*

–Estaba a favor de todas las organizaciones que lucharan contra las dictaduras. Además, inmediatamente después, comenzó la Revolución cubana.

–*Admirabas a Fidel Castro.*

–Organicé un pequeño grupo de ayuda a la Revolución, en la que participaban todos los emigrantes cubanos. Recuerdo que en diciembre de 1958, cuando Batista huyó de Cuba, yo me encontraba en París y me emborraché de alegría. Al principio, pensábamos que Fidel era la persona que estábamos esperando desde hacía mucho tiempo. El rostro humano de la Revolución, el liberal radical. Todos nos equivocamos, ¿no?

–*En aquel período, ¿ibas con frecuencia a Cuba?*

–Trabajaba como periodista para la radio francesa y fui por primera vez a Cuba como enviado durante la crisis de Bahía de Cochinos, en 1960. Tenía 24 años, era entusiasta y me sentía unido a Cuba. Más tarde, viajé casi todos los años a Cuba. Quizá en 1965, por vez primera, comencé a pensar que todo aquello no era tan magnífico. Fue entonces cuando comenzó la represión contra los homosexuales, a quienes en Cuba llamaban «los enfermitos». En ese tiempo, Castro organizó las Unidades Móviles de Apoyo a la Producción, verdaderos campos de concentración en los que encerraban a los criminales, pero también a los adversarios de la Revolución, a los homosexuales, a los *hippies*, a la bohemia artística. Los mandaban a trabajar en granjas similares a los «gulag». Supe de varios suicidios. Fue entonces cuando me peleé con Fidel y le escribí una carta personal.

–*¿Cuál fue su reacción?*

–Invitó a Cuba a ocho intelectuales latinoamericanos –entre otros a Julio Cortázar y a mí, a quienes nos inquietaban estas persecuciones–. En una reunión que duró toda la mañana, nos habló de los becarios, jóvenes campesinos que venían a La Habana para estudiar. «La capital –decía– es una ciudad corrompida en donde los homosexuales se dedican a la violencia, y